

LA VIOLENCIA Y EL MONJE

«Entonces aquellos se adelantaron, *echaron mano* a Jesús y le prendieron. En esto, uno de los que estaban con Jesús echó mano a su *espada*, la sacó, e hiriendo al siervo del Sumo Sacerdote, le llevó la oreja. Dícele entonces Jesús: “*Vuelve tu espada a su sitio*, porque todos los que empuñan la espada, a espada perecerán. *¿O piensas que no puedo yo rogar a mi Padre*, que pondría al punto a mi disposición más de doce legiones de ángeles? Mas *¿cómo se cumplirían entonces las Escrituras de que así debe suceder?*”».

San Mateo 26, 50-54

Nadie absolutamente ignora que la violencia constituye hoy un tema y una realidad. Los documentos de la Iglesia Latinoamericana en general la presentan y restringen al campo económico y político. Una violencia de ricos y una violencia de pobres, unos y otros no actuando directamente sino a través de núcleos que probablemente una vez iniciado el proceso de enfrentamiento obren no ya de una manera representativa.

Esto es lo que llena los diarios, las revistas, las calles, la vida cotidiana y el espectáculo y exige por parte de todos, en alguna medida, una definición.

No obstante una reflexión detenida nos lleva a plantear las cosas más allá del plano económico y político y también a solucionarlas más allá. Hay un enfrentamiento anterior a todos estos planteos y es el enfrentamiento del misterio de salvación con el misterio de iniquidad, tan claramente manifiesto en el texto de San Mateo que hemos citado. Jesús en el medio, frente a dos núcleos que buscan “*echar mano*”: los que atacan al Verbo de Vida por ser Palabra y por ser Vida, y los que defienden al Verbo de Vida por ser Palabra y por ser Vida.

Y el Señor se entrega, y señala el camino de la mansedumbre como el más característico de aquellos que toman en serio el Evangelio y saben colocarse en una posición encarnacionista.

“Bienaventurados los mansos, porque ellos *poseerán en herencia la tierra*” (Mt 5,4).

Verdaderamente esto es así. Verdaderamente éste es el camino del Verbo hecho carne y de todas las liberaciones. Inclusive de la liberación de toda violencia.

El misterio de iniquidad es división, como bien lo explicaban los Santos Padres, en especial san Ireneo. El misterio de salvación es unidad, recapitulación en Cristo. La síntesis dialéctica es fruto de la discordia, de la necesaria “*tensión*”, entre dos. La unidad cristiana es fruto del amor y de una convergencia. Y encuentra su fuente en el diálogo intratrinitario y en el amor intratrinitario. La síntesis dialéctica, sea en el plano lógico o en el plano existencial supone la “*crítica*” o la “*crisis*”, la “*contestación*” se hace momento indispensable para un progreso o desarrollo. En cambio la unidad evangélica se construye con la verdad contemplada, el amor eficaz, la mansedumbre grávida de justicia y de paz.

Creo profundamente una cosa: que los monjes debemos ser hoy, como en todos los tiempos, una palabra de Dios en el mundo. Ser los testigos de la unidad y de la paz. Los que muestran a sus hermanos, después de haber rezado en la presencia del Padre la historia y los signos de los tiempos, un camino sencillo y pobre, pero que lejos de confundirse con el inmovilismo o con la inercia, está dotado de una vitalidad generativa increíble.

Hay un texto de la Biblia que expresa exactamente lo que quisiera decir, y a menudo tengo necesidad de rezarlo. Es el Capítulo XIII del *Génesis*. Lot iba con Abraham. Los dos tenían “ovejas, ganados y tiendas” “Ya la tierra no les permitía vivir juntos”... Hubo riña entre los pastores del ganado de Abraham. y los del ganado de Lot”.

Entonces Abraham habló a Lot: “*No haya disputas entre nosotros ni entre mis pastores y tus pastores, pues somos hermanos*”. Y entonces Abraham le mostró todo el país para que Lot eligiera “si tomas por la izquierda, yo iré por la derecha, y si tú por la derecha, yo iré por la izquierda” ¡Qué actitud extraordinaria de libertad y de mansedumbre!

“Lot levantó los ojos y vio toda la vega del Jordán, *toda ella de regadío* -era antes de destruir Yahvé a Sodoma y Gomorra- *como el jardín* de Yahvé, como Egipto, hasta llegar a Soar”. Es el momento previo a la opción, imagino los ojos de Lot e imagino el silencio de Abraham. “Elegió, pues, Lot para sí toda la vega del Jordán, y se trasladó al oriente, así se apartaron el uno del otro”.

Lot ya había mirado la tierra, ya había optado.

Entonces «dijo Yahvé a Abraham después que Lot se separó de él: “*Alza tus ojos y mira desde el lugar en donde estás hacia el norte, el mediodía, el oriente y el poniente. Pues bien, toda la tierra que ves te la daré a ti a tu descendencia por siempre. Haré tu descendencia como el polvo de la tierra: tal que si alguien puede contar el polvo de la tierra, también podrá contar tu descendencia. Levántate, recorre el País a lo largo y a lo ancho, porque a ti te lo he de dar*”. Y Abraham vino a establecerse con sus tiendas...».

La posesión de la tierra y la generación de un pueblo, éste fue el fruto de un hombre manso y humilde de corazón. Indudablemente que sólo los que a sí mismos se han hecho violencia son aptos para esta dinámica de la mansedumbre. La buena noticia se abre con un llamado a la conversión (*Marcos 1*).

Los monjes debemos vivir esta hora del mundo, no podemos eludirla, es para cada uno “su hora” pero no podemos ser los hombres de la dialéctica, de la división, de la “contestación” o de la violencia (en cualquiera de sus formas). Debemos ser los hombres *unificados y unificantes*, si bien no de los que buscan falsos irenismos o falsos pacifismos. El mundo espera ver en cada monje al hombre que en el seno de la Trinidad, en largas horas de contemplación, ha adquirido el hábito de la unidad. El hombre que al pie de la Cruz inhala constantemente el Espíritu de Cristo y lo exhala a sus hermanos: todos los hombres.

Sin ninguna duda que el monje puede optar como Lot por Sodoma y Gomorra, pero entonces habrá defraudado a todos los pobres, a todos los que tienen hambre y sed de justicia.

“*Ipsse Dominus praecipue nos inducit ad sui conformitatem secundum humilitatem et mansuetudinem*” (I-IIae q. 68 - 1).

Nuestro Padre de los cielos tiene todavía más de doce legiones de ángeles.

*Abadía Santa Escolástica
Victoria. Pcia. de Bs. As.
Argentina*